

CECILIA VICUÑA:

“Este premio cambia mi muerte”

Cuando la llamaron para avisarle que había ganado, estaba pintando. Una escena que —por ser cotidiana en una artista— podría verse como dato irrelevante, pero que en este caso no lo es. Por el contrario, constituye una imagen decisiva debido a lo que Cecilia Vicuña (1948) pintaba este jueves y lo que intenta conseguir desde hace un tiempo: recuperar trabajos iniciales perdidos —o, al menos, su esencia— y sintonizar con ese espíritu creativo que parecía irrefrenable en los años 60 y 70. Esos tiempos de “Pinturas, poemas y explicaciones” (1971), una muestra suya que se vio en el Museo Nacional de Bellas Artes. O de sus primeras construcciones con objetos y basuritas de Concón —que llamó “arte precario”— y de sus días con la Tribu No. No es que quiera volver a aquello porque ahora no experimente una arrolladora pulsión creativa. El asunto va por otra senda: una reparación, una remianda.

“Estoy intentado reconstruir las pinturas que mis propios amigos y familiares botaron a la basura. Si la vida me da esta oportunidad, lo tengo que hacer”, comenta al teléfono, instalada en su taller neoyorquino, al día siguiente de haber obtenido el Premio Nacional de Artes Plásticas, que entrega el Ministerio de las Culturas. Al recordar ese tipo de desaire —o de desconocimiento—, Vicuña no exterioriza rencor ni molestia. Mantiene su voz suave y cálida; su hablar pausado. Jamás habrá pensado, ante el desprecio que rememora, hacer otra cosa, dejar el arte?

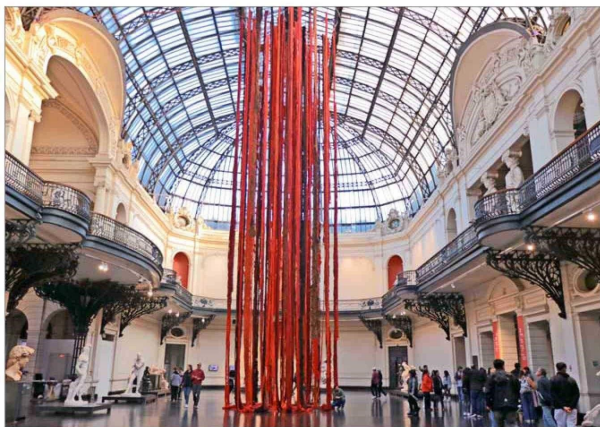
“Nunca”, responde. Y lo cierto es que en seis décadas de trayectoria, pese a no ser siempre comprendida ni escuchada, mantuvo firme su quehacer y propósito: la suya es una obra que instala un grito de alerta frente a la destrucción de la naturaleza. Y frente a otros temas. Ella lo explica: “Hay algo que es mucho más profundo y que moviliza a un artista a hacer cierta obra. En 1971, firmé un contrato para publicar mi poesía en Chile. Ese libro nunca salió. Entonces, esa expectativa que pude tener de que mis poemas circularan fue rota en su nacimiento. A partir de ahí, seguí escribiendo como lo hacía. Es que la escritura no se puede parar. Lo mismo con los quipus. Empecé en los años 60. Nadie le dio importancia al primer quipu grande que hice en la Galería Gabriela Mistral. Pero no por eso abandoné al quipu ni este me abandonó a mí. Ya se había formado una relación recíproca, algo que no es alterable porque a la gente le guste o no, haya un premio o no. Se mueve por esferas de otro orden. Si el quipu se acaba, será porque ya no tengo manos. O porque él quiso. Jamás por factores externos”. Cecilia Vicuña comenzó a recobrar esa tradición andina en poemas visuales, luego avanzó hacia la estructura. Son trabajos a los que difícilmente se puede entrar desde otra frecuencia que no sea la emoción. Eso es lo primero, luego se desemboca en el resto: las hebras de los temas y las crisis que aborda.

Estoy intentado reconstruir las pinturas que mis propios amigos y familiares botaron a la basura”.

Obra como siembra

Esta recuperación de obras pasa además —remarca la artista— porque quiere volver a conectarse con la pulsión creativa que sentía en Santiago antes de irse becada a Londres en 1972. “Después sentí que moría todo ese mundo posible de infinita creatividad. Sentí que al morir eso moría también yo”, confiesa Vicuña, quien tenía gran entusiasmo y convicción por el proyecto de la UP. En Inglaterra, desde donde supo del Golpe, fundó Artists for Democracy. Después se instaló en Colombia y en los años 80 en Estados Unidos. Nunca más

La poeta y artista visual aprecia la proyección que este reconocimiento le otorga a su obra. Un trabajo que fue poco comprendido y apreciado durante, al menos, cinco décadas. “Este premio va a permitir que mi legado llegue a los niños y niñas de Chile. Ese era mi sueño, que mi vida empezara más allá de mi muerte”, dijo al recibir la noticia a través de una videollamada. Desde los años 80 vive en Nueva York, pero justo ahora expone en el Museo de Bellas Artes.



La retrospectiva que la artista presenta en el Museo Nacional de Bellas Artes comienza, en el hall del edificio, con el imponente “Quipu menstrual (la sangre de los glaciares)”.

volvió a vivir en Chile. No obstante, su obra artística —que atraviesa la poesía, la pintura, la performance, el video, los quipus y las pequeñas construcciones— siempre ha estado profundamente conectada con esta tierra y las inquietudes que emergen de ella. De aquí provienen las palabras originarias de su trabajo, las basuritas que recolectó, y los saberes y ritos de los pueblos ancestrales con los que ha sentido gran conexión. También está aquí el cerro El Plomo, que miraba de niña, y los ríos y glaciares que tanto la han desvelado, incluso antes de que la crisis climática nos haya pisado los talones.

—¿Cómo recibe este reconocimiento que llega desde su tierra?

“Este premio cambia mi muerte. Ayuda a que mi obra e historia sirvan de alimento, como si fuera una forma de fertilizar un territorio donde hay tanta pena y dolor, pero, a la vez, tanto tesón de vida. Entonces, lo veo como un sembrío. Además, este premio no es solo para mí, sino que también para la historia de donde provengo. La historia de las generaciones que vivieron y lucharon por la educación pública. Yo me crié en una escuela pública rural, en el Liceo Manuel de Salas y en la Universidad de Chile (que le dio este año la distinción *honoris causa*). Siento que este premio tendría que ayudar a que el país restituya, para todos, una educación pública de calidad y potencia”.

—Era la segunda vez que la postulaban al Premio Nacional. ¿Estaba expectante? ¿O pensaba que lo ganaría otra artista?

“No construí expectativa. Decidí vivir

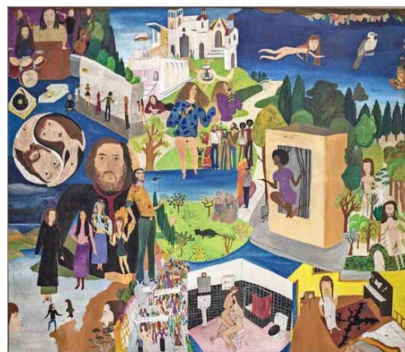


Cecilia Vicuña en la apertura de “Soñar el agua. Una retrospectiva del futuro (1964-).”

como si esto no estuviera pasando, porque no era un problema mío. Era de los jurados (se ríe). Hay muchos que lo merecían en Chile. Sabía que no era un hecho consumado que me lo iban a dar. Ya había sido postulada sin ganarlo, así que existía posibilidad de que hubiese oposición a dármele. Sé que mucha gente piensa negativamente de mí. Dicen que me fui del país, que he hecho mi obra afuera y que, por lo tanto, no tengo ningún pelo de chilena. Como esos pensamientos abundan, no me hubiese extrañado que no me lo dieran”.

Soñar con otro futuro

“Su obra nos inspira a enfrentar las urgencias de nuestra época sin miedo, pero con gran sentido de responsabilidad, proponiendo el cuidado, la simplicidad y la comunidad con las diferentes formas de vida como estrategias de resistencia para un mundo incierto”, apuntó en su acta el



“Janis Joe”, óleo sobre tela pintado por Vicuña en 1971. Ahora se exhibe en el MNBA.

jurado. Su decisión fue unánime. Pero, según comentó un miembro, no fue fácil tomarla: es un premio esperado por varios. “Lo recibí como un regalo y un don, pero también como algo que me da una responsabilidad hacia mi país”, dice Vicuña.

—¿Cómo proyecta ejercerla?

“Lo que observo en mis viajes a Chile es que hay un inmenso movimiento con pequeñas organizaciones, por supuesto, no corrompidas. Fundaciones reales que trabajan para la tierra y las comunidades. Me gustaría colaborar con ellas. Una cosa que siempre he deseado es que mis libros se difundieran en todas las escuelas y las bibliotecas de Chile, y que eso estuviera asociado a proyectos de activación de ideas en los territorios. Pienso en ‘Minga del cielo oscuro’ (2019), que era una invitación para que científicos, poetas, artistas y niños co-

laboraran en la preservación de la oscuridad. Sin oscuridad se mueren miles de especies, pero también nosotros perdemos capacidades sensoriales. Esa sería una forma concreta de colaborar, igualmente con el libro de las semillas o de las palabramas. Mi obra se soñó a sí misma como un servicio. Entonces, tiene que contribuir a despertar el deseo de dar vuelta esta situación para que haya continuidad de la vida”.

Han pasado días desde que ganó el premio, pero Vicuña aún irradia emoción. También algo de sorpresa frente a este reconocimiento que cierra otro círculo de su trayectoria: la artista, poeta y activista frente al ecofeminismo y otras preocupaciones recibe la distinción más importante que el Estado chileno le puede dar a un creador cinco décadas después de que aquí algunos botaran obras suyas a la basura, mientras otros negaban la palabra firmada y de-

stían en la publicación de sus libros, como “Sabor a mí” en 1971. Primero afuera, tal como ocurrió con Gabriela Mistral.

Vicuña, además, obtiene este galardón nacional tras haber ganado, como primera latinoamericana, un León de Oro a la Trayectoria en la Bienal de Venecia (2022), y de tener un Velásquez de las Artes Plásticas (2019, España), junto con exposiciones

en museos y encuentros canónicos para el arte. El Guggenheim, el MoMa, la Tate, la Documenta. De hecho, la versión 14 de esa muestra clave instaló un signo potente frente a la atención que su obra provocaba: el “Quipu womb” (2017) fue la imagen más reproducida en todo el mundo.

Desde ahí arrancó una sucesión de premios para un trabajo que siempre comienza desde la palabra y la poesía, y que está profundamente conectado a los saberes ancestrales de los pueblos originarios —y a un pensamiento decolonial—, así

como a la tierra y a sus dolencias, o al feminismo y los derechos humanos. Ese interés mundial creció exponencialmente, tuvo su correlato en Chile y aquí se cristalizó este año, primero, con la apertura de “Soñar el agua”. Es su regreso al Museo de Bellas Artes, después de más de medio siglo desde “Salón de Otoño” (1971), su última muestra individual en el palacio, y también es la primera retrospectiva que presenta aquí. Estará abierta hasta el 3 de septiembre, con más de 200 obras, y luego viaja al Malba de Buenos Aires y a la Pinacoteca de São Paulo. Este círculo de reconocimientos en Chile continúa, además, con libros. Editorial Usach presentará pronto “PALABRAMAS”, edición que rescata la versión original argentina (1984), y Ediciones UDP lanzará otra edición local de “Sabor a mí” —impreso por primera vez en 1973, en Londres— y la primera versión nacional de “Diario estúpido” (1966-1971).

Van cerrándose círculos y, durante la conversación, Vicuña reitera que tiene como proyecto de vida reconstruir la historia borrada. Lo siente como deber: “La forma en que se destruyó mi obra es algo importante, porque es, a la vez, el destino que tuvo la obra de buena parte de las mujeres creadoras desde hace miles de años. Pero junto con rehacer las pinturas que se perdieron, estoy confeccionando las pinturas que hubieran podido crecer si yo no hubiese sido maltratada. Si esa potencialidad no hubiese sido obstaculada. Este trabajo es el que hoy me produce un increíble entusiasmo por levantarme a trabajar. Es como sanar la imaginación de la niña, y eso abrirá la posibilidad para que otras niñas, las de hoy, no pasen por lo mismo”.

Este premio no es solo para mí. También es para la historia de las generaciones que vivieron y lucharon por la educación pública”.